

lesca, la más terrible é imponente y que más grabada quedó en su imaginacion, fué la del entierro de su padre. Aquel cuadro en que el guerrero tendido en el fondo de una zanja, iba á desaparecer para siempre, se presentaba ante su vista y resultaba inolvidable en su fúnebre majestad.

## IV

Después de este suceso, el príncipe, cuando casi no había salido aún de la adolescencia, viajó mucho tiempo, dominado por su eterna melancolía, por Europa que, sin preocuparse de los mártires, había presenciado impasible el degüello de los vencidos.

Fué preciso que pasaran muchos años para que Zilah se acostumbrara á la idea de que ya no tenía patria. Por lo demás, confiaba en el porvenir. El destino no puede cebarse implacable siempre sobre una nación. Así se lo decía muchas veces á Yanski Varhely, su constante compañero, al antiguo húsar, hoy gentil hombre arruinado, que se dedicaba á dar lecciones de latin y de matemáticas en Paris, del producto de cuyas lecciones, unido á la pequeña parte de sus bienes que había podido rescatar, vivía.

—La Hungría renacerá, Yanski; la Hungría es inmortal—repetía Andras.

—Si—respondía bruscamente Varhely—pero sabed que si ha sucumbido, es porque ha cometido faltas. Todas las derrotas tienen sus causas. ¡Ante el enemigo no éramos uno! ¡Demasiadas discusiones, pocas obras! ¡Esto es fatal!



Efectivamente, los años trajeron cambios satisfactorios para la Hungría. Se hizo libre al fin; con su energía conquistó la autonomía propia al lado del Austria. El genio de Deak, por medio de Andrassy, tomaba posesión del poder. Pero ni Andras ni Varhely volvieron á su país. El príncipe se habia hecho, como el decia riendo, «un magyar de Paris.» Se habia acostumbrado á aquella vida intelectual refinada, que algunas veces le consolaba de la ausencia de su tierra nativa.

—Se aficiona uno insensiblemente á la vida de Paris—decia como escusándose.

No podia contemplar los grandes paisajes de límites infinitos en los cuales se encerraban los recuerdos de su juventud, pero aquel Paris, con sus seducciones nuevas todos los dias, su actividad artistica y científica, aquella continua renovacion de ideas y de impresiones, habia concluido por ser como una necesidad, como una segunda existencia tan preciada y tan estimada como la primera.

El soldado se habia hecho un hombre ilustrado, recogiendo de cuanto veia y leia las observaciones que le parecian dignas de conservarse, y aceptando sólo el lado serio de la vida de Paris. Alternando en todas las sociedades, conociéndolas todas, pero apreciando solo la de las gentes honradas, dejando pasar así los años, sin tener presente que desaparecen, y que el mejor dia despertaría casi viejo, preguntándose qué se habia hecho todo aquel tiempo de desierto que á pesar de los sufrimientos mora-

les, le parecia haber durado tan pocos meses.

—Nos parecemos—decia á Varhely—á esos emigrados que ni siquiera deshacen sus equipajes, seguros de que pronto han de volver á su casa. Esperan. Y el menos pensado al mirarse en un espejo, se quedan estupefactos de verse el pelo blanco y la cara llena de arrugas.

No pudiendo tener casa ni hogar en su patria, jamás se le ocurrió al príncipe crearse ni una ni otro en el extranjero. Tomó en alquiler el suntuoso palacio que habitaba en los Campos Eliseos, cuando las casas se veian todavía aisladas en aquel sitio. La moda y el ensanche que Paris tomó por aquella parte, hácia el Arco del Triunfo, le cogieron en aquel sitio. En su morada abundaban los buenos cuadros y los libros escogidos, y en ella recibia de tiempo en tiempo á algunos amigos, compañeros suyos de los tiempos de infortunio, como era Varhely.

Generalmente se le motejaba de algo insoportable, á pesar de ser amante de la sociedad y de que durante el invierno se le veia en todas partes donde su nombre y su rango lo exigian, pero sin ocultar cierta melancolía y seriedad, que contrastaba con lo frívolo de la conversacion y la vida superficial de los salones.

Generalmente, el verano lo pasaba en algun puerto de mar, en Sainte Andresse, donde frecuentemente se le unia Varhely, y juntos los dos amigos, contemplando desde la azotea la puesta del sol, reanudaban sus conversaciones de siempre.

Andras no habia pensado en casarse. Se sen-



tía como destinado á morir pronto, cuando llegara el momento, que estaba acechando, de renovar la lucha con el Austria y de montar á caballo. Por entonces creía que su porvenir era el de su padre; una bala en la frente y una fosa. Además, sin pensar en ello, había llegado y pasado de los cuarenta.

—Ahora es ya demasiado tarde—decía de buen humor.—¡El momento psicológico pasó ha tiempo! Los dos acabaremos, mi buen Varhely, de solterones machuchos, jugando mano á mano al *jacquet*, que es la guerra pacífica de los viejos.

—Sí, á mi me está permitido. Yo no llevo un nombre famoso que hacer imperecedero. Pero los Zilah no deben desaparecer como vos pretendéis. Necesito un húsar chiquitín á quien enseñe á montar á caballo y que me llame también su viejo Yanski.

Entonces el Príncipe se echaba á reír, hablaba de otra cosa, y otra vez, poniéndose grave, casi triste:

—Temo—decía—no poder amar dos cosas á la vez; el corazón no es elástico, creedlo. Yo tome por esposa á nuestra pobre Hungría, y vedme que casi he quedado viudo.

En medio de su vida severa y completamente preocupado por la patria, Andras conservaba, no obstante, una especie de savia juvenil. Hombres hay de treinta años que no tienen la flexibilidad y gracia corporal que en él se unía á un alma candorosa y á una sencillez que, sobreviviendo á la misma juventud, aumentaban su atractivo. Pertenece á esos seres que mueren

como han vivido siempre, siendo niños. Ni aún las contrariedades de ruda existencia pueden arrebatarnos ese ingenuo candor que constituye su cualidad más apreciable. Engañados, abatidos, destrozados cruelmente por los rigores de la vida, su fondo encierra intacta la bondad de siempre. Las traiciones y los desengaños no les corrigen. Ante el peligro son unos héroes, pero en cambio son fácilmente dominados por la débil mano de una mujer ó por el atolondrado niño.

Andras Zilah no había amado aun profundamente, y como hombre debía amar. Los amores pasajeros no podían apagar la sed de verdadera pasión que había en el fondo de su alma. Mas este amor él no lo buscaba. Lo había encontrado. Adoraba á su Hungría, como hubiera adorado á una mujer, y constantemente guardaba, con el recuerdo amargo de la derrota, la impresión de un amor malogrado ó de una sangrienta traición.

Yanski comprendía que era inútil empeñarse en demostrar, matemática ó filosóficamente, que necesitaba, como él decía, un *discípulo húsar*. No es posible obligar á nadie á que se case contra su gusto, y, después de todo, el príncipe era muy dueño de dejar que terminara en él la rama de los Zilah.

—Verdad es,—murmuraba maldiciendo el viejo Varhely,—que para lo que la vida vale, quizá no nos lo nos lo agradecerían esos pequeños seres que no piden venir á este mundo.

Luego, dejando á un lado su pesimismo, creía



ver, como en otro tiempo veía al príncipe Andras, un Zilah, joven, hermoso, pasando á caballo por delante de sus húsares, y entonces el antiguo soldado, haciendo sonar la lengua contra el paladar, decía:

—¡Ah! ¡Andras! ¡Verdaderamente es una lástima!

Muchas veces las decisiones de los hombres son más bien hijas de la casualidad, que de sus deseos. Un día, el príncipe Andras fué invitado á comer por la baronesa Dinati, á quien él apreciaba mucho, y cuyo marido, el patriota Orse Dinati, había sido íntimo amigo suyo.

La casa de la baronesa era una de las más curiosas; el *reporter* Jacquemin, que no faltaba nunca para juzgar de los vinos y relatar los *menús*, hubiera añadido: «Y de las más raras.» La baronesa acogía una parte de las distintas sociedades. Le gustaban las excentricidades y no le desagradaban los excéntricos.

Muy honrada, muy buena y muy lista, daba reuniones en las cuales se representaban algunas veces óperas, de las cuales los revisteros, que acudían á devorar helados y ponche á la romana, se burlaban en los *Ecos* cuando todavía no habían hecho la digestión de la cena que se les había servido.

El Príncipe quería extraordinariamente á la baronesa, la quería como á una hermana mayor. En gracia de sus buenas cualidades, le perdonaba sus niñerías y hasta sus pequeñas ridiculeces.

—Querido Príncipe—le decía un día.—¿Sabeis que por vos me arrojaría al fuego?

—No lo dudo; pero en vos no sería un gran mérito.

—¿Y por qué? ¿quereis decírmelo?

—Porque no correis el riesgo de quemaros. Así debe ser, puesto que recibiendo, como lo haceis, muchas gentes sospechosas en vuestra casa, nadie ha sospechado de vos nunca. Sois una salamandrita, la más linda salamandra que he visto en mi vida. Vivís en el fuego y ni en vuestro rostro ni en vuestra reputacion existe la más ligera quemadura.

—Segun eso, ¿creeis que mis convidados son...

—Encantadores. Solamente que entre ellos, los hay para mí de dos clases: unos á quienes aprecio y que no me divierten... frecuentemente, y otros que me divierten y que no me son queridos.

—¿De modo que no pensais ir ya á la calle de Murillo?

—¡Sí por ciertol... ¡Por vos!

En efecto, el príncipe concurría hasta con gusto á casa de la baronesa Dinati, donde su melancólico carácter se encontraba entre tantas locuras, tantas necesidades sociales y tantas extravagancias exóticas.

La baronesa parecía poseer un secreto para reunir en su casa una sociedad incomparable; hombres políticos del Perú convertidos en comisionistas de comercio; emigrados cubanos amenazados de ser pasados por las armas; croatas desterrados por los turcos; personajes de Constantinopla que, habiendo escapado de la justicia del sultan, paseaban su rojo fez por Paris.

29843



donde la ópera les permitía continuar sus costumbres polígamas; americanos poseedores de minas de oro y de pozos de petróleo; políticos en boga; reformadores en disponibilidad; poetas inéditos; compositores ignorados; pintores del porvenir; en una palabra, la mayor parte de los invitados por el príncipe al almuerzo dado en el barco, para los cuales la baronesa había solicitado billete de convite.

El príncipe Andras recordaba haber estado sentado entre el jefe de estado mayor del ejército de Garibaldi y el Nuncio apostólico en una comida celebrada en aquel lindo hotel de la calle de Murillo, el mejor de cuantos había en el parque Monceau.

Una tarde la baronesa insistió en que el príncipe aceptase su invitación.

—Os preparo una sorpresa,—le dijo.—Tengo á comer á...

—¿A quién? ¿Al Mikado? ¿Al shah de Persia?

—Más que todo esto. A una encantadora joven que os admira profundamente porque sabe de memoria vuestras proezas en la guerra del 49. Ella ha leído á Georgei, Klapka, y es tan húngara de corazón, de alma y de raza, que por todos es conocida con el sobrenombre de la *Tzigana*.

—¿La Tzigana?

Esta sencilla palabra, que resonaba en los oídos del príncipe como el ruido de unos platillos, encerraba para él todo un mundo de recuerdos.

—¡Ah! verdaderamente—replicó;—esa será para mí una sorpresa agradabilísima, querida

vecina. No os pregunto si vuestra Tzigana es bonita. ¡Las tziganas de mi país son todas adorables!

No sabía el príncipe hasta qué punto había acertado.

Aquella Tzigana, aquella Marsa á quien la baronesa le indicó que diera el brazo para pasar al comedor; Marsa, pálida, con su traje oscuro, al que parecía aficionada, Marsa Laazlo, cuya tez mate, grandes ojos árabes y espesa cabellera, encarnaba para Andras en un tipo superior, admirable y arrogante, con más finura y elegancia, la arrebatadora belleza, nerviosa y delicada de las hijas de su país.

Extraordinariamente admirado, se sintió atraído y seducido por aquella mezcla, un tanto rara, de un extremo parisiensismo y de una especie de altivez agreste que descubría en Marsa. Momentos antes había reparado cuán silenciosa, seria y casi orgullosa, permanecía en su asiento. Ahora notaba que su frío semblante se animaba, iluminado de pronto por una alegría intensa, y que sus ojos, en los que se manifestaba una llama de gozo, se fijaban en las azules pupilas de Andras.

Durante la comida todo lo que existía en el comedor desapareció para el Príncipe; solo vió á la joven. Las luces de los candelabros, los reflejos de los espejos, quedaban solo para formar una refulgente aureola á aquella hermosa frente pálida.

—¿Sabeis Príncipe—le dijo Marsa dulcemente con su voz de contralto, que resultaba suave y

El 18/2/0



carifosa,—sabeis que entre todos los que han combatido á favor de vuestro país, sólo vos<sup>3</sup> habeis sido la admiracion de toda mi vida?

El quiso sonreir, citándole algunos nombres más ilastres.

—No, no—respondió Marsa;—no son esos los que yo amo, es el vuestro. Voy á deciros por qué.

Y continuó refiriéndole, con una emocion que hacía vibrar su voz, todo lo que el príncipe Sador y su hijo habian intentado veinte años ántes en pró de la libertad de Hungría. Toda esta historia la tenia muy presente, como si todavía corriera la sangre. Si su edad le hubiese permitido asistir á tales batallas, seguramente no las relataría con más vehemencia.

—Sé muy bien cómo á la cabeza de vuestros húsares arrebatasteis á los soldados de Fella-chich la primera bandera que los húngaros cogieron al Austria. ¿Quereis que os diga la fecha exacta?... ¿Y el día?... ¡Era un jueves!

Toda aquella historia ignorada, olvidada, perdida entre el humo de otras guerras más recientes, la conocia aquella extraña doncella día por día; y en aquel sitio, en aquel comedor de Paris, en medio de aquella sociedad, entre aquellas conversaciones que recaian sobre los acontecimientos del día, sobre el último escándalo, sobre la crítica de la última opereta, Andras, reconcentrando su espíritu, veía de nuevo levantarse ante él, como una mágica resurreccion, todo su pasado heróico.

—¿Pero cómo me conoceis con tanta exactitud?—preguntó el príncipe fijando á su vez en

Marsa Laazlo sus limpidos y hermosos ojos. —¿Acaso vuestro padre era alguno de mis soldados?

—Mi padre era ruso—contestó bruscamente Marsa, cuya voz se tornó de pronto seca y desagradable.

—¿Ruso?

—Sí, ruso—repitió marcando la palabra con una especie de cólera. —Solo mi madre era tzigana, y su belleza fué el botin de aquellos que vuestros soldados no pudieron aniquilar.

En medio del ruido y de la confusion de las conversaciones, que á medida que la comida avanzaba iba haciéndose mayor, no podia referirle todos los sufrimientos que su vida encerrara hasta aquel momento; y sin embargo, él, adivinando un drama oculto en la existencia de aquella jóven, la rogaba, casi la suplicaba, que hablara, procurando detenerse en los limites en que la simpatia podia tomarse por indiscrecion.

—Os ruego me perdoneis—dijo al ver que ella se callaba plegando los párpados sobre sus ojos, que se habian puesto amenazadores. —Si deseo saber vuestra vida es por lo perfectamente que conoceis la mia.

—¡Oh! ¡vuestra vida!...—replicó Marsa sonriendo tristemente;—vuestra vida pertenece á la historia; la mia es del drama, y del drama oculto... ¡Hé aqui la diferencia!

—No insisto,—dijo Andras.

—¡Oh, ya tendré la satisfaccion de contaros toda mi vida, si una existencia inútil puede in-



teresaros! Pero aquí, en medio de este barullo del final de la comida... no.

Y cambiando de tono, añadió:

—No hay para qué mezclar las lágrimas con el champagne. Luego... luego...

Y se esforzó por aparecer alegre como otras jóvenes que allí se veían, y en las cuales, á pesar de su belleza, el príncipe Andras no paraba su atención.

Pero en vano trataba de desprenderse de aquella nube de tristeza, cuyo reflejo, por otra parte, aumentaba el encanto de su severo y agraciado semblante.

El príncipe creía aun oír aquella voz que se había vuelto áspera, diciendo con tono breve, casi indignado:

—¡Sí, ruso!... ¡Mi padre era ruso!

## V

Insensiblemente el príncipe se sentía dominado por una dulce agitacion y por una especie de calor que invadía todo su ser produciéndole el efecto de un cordial. Aquella especie de misterio que parecía rodear á Marsa, aquel relámpago de cólera que había brillado en sus ojos al hablar de aquel ruso, que era su padre, constituían nuevos atractivos para el príncipe, que experimentaba un sentimiento de deliciosa inquietud, como si el secreto de la existencia de aquella mujer formara ahora parte de su vida.

Ella á su vez no manifestaba empeño en guardar su secreto. Desde el primer momento, durante las variadas conversaciones que se suscitaron despues de la comida y mientras se exhibían notabilidades musicales que siempre abundaban en casa de la baronesa, Marsa, entregándose alegremente á aquel á quien ella miraba como uno de sus héroes, confió al príncipe Andras todos los sufrimientos de su vida.

Le refirió el asalto por los soldados de Paskiewich del pueblecillo en que se hallaba suabuelo



haciendo fuego entre los soldados, despues de abandonar su instrumento músico. El combate que tuvo lugar en la única calle de la aldea, había sido más bien una verdadera carnicería, una de las últimas carnicerías en aquella campaña. Todo lo destruyeron los rusos, quemando chozas y fusilando prisioneros. Entre éstos había algunas mujeres que no sólo habían curado á los heridos, sino que, cogiendo los fusiles de los muertos, los habían vengado haciendo fuego con sus armas. Una de las que quedaron con vida, la más joven y bonita (una bohemia), fué recogida por un oficial ruso, quien despues de hecha la paz se la llevó á su país como si fuese una res.

Esta era Tisza Laazlo, la madre de Marsa. Aquel oficial, perteneciente á la aristocracia rusa, buen mozo y extraordinariamente rico, la amaba verdaderamente, con pasion, como un loco. Despues de que por la violencia la había hecho su querida, la guardaba medio cautiva, pero obedeciéndola como un esclavo, implorando y esforzándose por que ella le perdonase su brutal amor impuesto por la fuerza, y á la vez ofreciéndole como expiacion, no sólo su fortuna, sino hasta su nombre, aquel titulo de príncipe del que los Tehéreteff, sus antepasados, se consideraban tan orgullosos, y que, sin embargo, un tzigana errante rechazaba con odio y desprecio.

¿Princesa? ¿Ella, la bohemia, princesa rusa?

Tal titulo le habría parecido un nuevo estigma, todavía más abominable.

El suplicando y despreciando ella: así se des-

lizaba trágicamente la vida para aquellos dos seres desgraciados, en el inmenso castillo situado en las cercanías de Moscou, desde el cual Tisza podía distinguir las doradas y verdes cúpulas de la gran ciudad, en la que nunca quiso poner los pies, prefiriendo la soledad de su cuarto, donde permanecía escondida como en una cueva.

Sola en el mundo y habiendo sobrevivido á todos los de su tribu, bárbaramente destrozada, eran para ella los rusos los verdugos de sus compatriotas, los asesinos de aquellos músicos libres con quienes iba por los pueblos tocando las *czardas*.

Aquel noble, arrogante, y generoso príncipe Tehéreteff, que la amaba con delirio y que temblaba, sin embargo, en su presencia, despues de habérsela llevado como la oveja separada del rebaño, la repugnaba; la parecía verle siempre como el día que penetró en aquella aldea húngara incendiada, con la espada en la mano, enrojecido el rostro por el reflejo de las llamas entre las bayonetas de sus soldados teñidas de sangre.

Para ella, aquel joven elegante, de rubios bigotes y bizarra apostura militar, realizada por brillante y ajroso uniforme, era el vencedor victorioso y el martirizador de la tzigana prisionera.

Y sin embargo, de tal hombre tenia una hija. Vencida, á pesar de su feroz resistencia y de sus gritos de tigre, hubiese querido morir en seguida, morir de hambre, ya que por estar encerrada no le era posible arrojarle al agua ó valerse



de un arma para suicidarse. Pero, bien fuese por debilidad ó por presentir que en su seno latía otro ser, se sobrepuso, se resignó con su existencia solo por su hija, á la cual consagró por completo en cuerpo y alma.

Marsa tenia todos los rasgos de la fisonomía de su madre, y—contra lo que ordinariamente ocurre de que frecuentemente las hijas se parecen al padre—ninguno de Tchéréteff, ninguno del ruso; todo lo contrario, era tzigana completamente, tzigana por el color bronceado de su cutis, tzigana por sus aterciopelados ojos y tzigana por su negra y ondulosa cabellera negra, que la madre acariciaba con voluptuosidad entre sus enflaquecidas manos.

Su altiva hermosura, que el dolor lento y constante habia empañado, la veia retratada en aquella niña, hija legítima de Hungría, como lo era ella, y á la cual educaba en las leyendas, en los cantos, en los heroismos y en los martirios de la Hungría; en todos los recuerdos que podian dar idea á la niña de la libre putsa, entre cuyos pobladores nunca se borra la palabra *honra*.

De este modo vivió Marsa en el castillo moscovita, no queriendo á nadie en el mundo más que á su madre y mirando con miedo á aquel hobre rubio que la parecia un extranjero y que algunas veces la ponía sobre sus rodillas y la contemplaba con ojos tristes. En presencia de aquel que era su padre se le figuraba estar delante de un enemigo.

Como la Tisza no salía nunca, Marsa abandonaba el castillo raras veces, y cuando iba á Mos-

cou lo hacia de prisa para volver al lado de su madre. La misma animacion de esta ciudad oprimia su corazon al recordar las terribles guerras que la habian hecho conocer. ¡Quizá entre aquellos que pasaban á su lado, entre aquellos mügiks, se hallaban los miserables que habian fusilado á su abuelo, al viejo Mihal.

Así la tzigana logró, con una especie de apasionamiento, mantener vivo en la ardiente imaginacion de su hija el amor á la lejana patria y el ódio profundo al opresor.

Un proverbio dice que «en cuanto una valaca penetra en una casa, toda ella se transforma en Valaquia». La Tisza no pretendia que el castillo se hiciese tzigano, pero sí que, por lo menos, la criatura nacida de sus entrañas fuera tzigana hasta las uñas.

Entre la servidumbre del príncipe Tchéréteff se la seguía llamando *la Tzigana*, y el mismo nombre quiso llevar Marsa, considerándolo como honroso título.

Los años iban pasando sin que la tzigana perdonara al príncipe y sin que Marsa hubiese llamado al ruso: *mi padre*.

Un dia pidió el príncipe con más insistencia á Tisza Laazlo que consintiera en ser su esposa, en nombre de su hija. Era huérfana hacia ya tiempo y dueña de sus actos.

La madre se negó.

—¿Y nuestra hija?—replicó el príncipe.

—¿Mi hija?... Llevará el nombre de su madre.

Al menos no es un nombre ruso.

No consiguiendo nada, se declaró vencido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



Conforme crecía Marsa, el príncipe iba encontrando más enojosa la permanencia en Moscú. Hizo educar á su hija como si hubiera de llegar á ser czarina. Profesores de música y canto, institutriz francesa é inglesa, profesor de alemán, profesor de dibujo, nada faltó á aquella niña, que, con la prodigiosa facilidad de asimilación, propia de los de su raza, lo aprendía todo, ansiosa de saber para olvidar en algunos momentos, atraída por lo desconocido, por lo nuevo, por la historia; pero, no obstante, estaba siempre agitada y conmovida por los recuerdos de aquel país ignorado que era el país de los suyos, su mismo país, patria de su corazón y de su alma: la Hungría.

Su madre le había hecho conocer á los héroes que la dieron gloria: Klapka, Georgei, Dembiuski, Bem, el vencedor de Buda, Kossuth y los caballeros príncipes Zilah, padre é hijo, el mártir sepultado y el héroe vivo.

El príncipe Tchéréteff, muy francés por educación y por sentimiento, quiso que conociera la Francia aquella niña que, aunque no llevaba su nombre, era adorada por él con frenesí.

Además, Francia ejercería una poderosa influencia en la imaginación de Marsa, que marchó á París muy contenta, seguida de la zigana, su madre, para quien el dejar el territorio de Rusia era un consuelo. Y ¡quién sabe! tal vez algún día volvería á su patria.

En efecto, Tisza respiraba con más libertad en Francia, no sin repetir constantemente, como un lúgubre refrán, el proverbio de su

país: «Fuera de Hungría, la vida no es vida.»

El príncipe compró, en el parque, una casa rodeada de inmenso jardín, próxima al bosque de Saint-Germain, en cuya fachada se veía incrustada, y destacándose sobre un fondo de oro, de estilo bizantino, la flaca figura de un Cristo crucificado.

Y, como acontecía en Moscú, la Tisza y el príncipe Tchéréteff vivían en aquella casa, frente uno de otro, en una especie de aislamiento rodeado de lujo, pero casi salvaje; la zigana, con su encarnizado resentimiento, rehusando constantemente su perdón al ruso, y alimentando en Marsa su odio hacia todo lo que fuese moscovita, el príncipe, desconsolado y enfermo además; triste y desanimado entre aquella mujer á quien adoraba, sin haber conseguido otra cosa que apoderarse de su cuerpo por la fuerza, y aquella hija tan extraordinariamente hermosa, retrato vivo de su madre y que le trataba con el frío respeto que se tiene para un extraño.

Una enfermedad lenta que atacó á sus nervios y á su corazón, arrebató la vida á aquel padre.

Al verse amenazado de muerte, aquel noble caballero, aquel soldado, hizo venir á su cabecera á la zigana y á su hija, y, como en una suprema confesión, pidió en voz alta, ante la madre, que la hija le perdonase el haberla dado vida.

—Marsa, le dijo con tristeza,—vuestro nacimiento, que pudo ser la alegría de mi existencia, ha sido el remordimiento de toda mi vida... Pero yo muero de ese amor que me aniquila... ¿Me



quereis abrazar para probarme que me habeis perdonado?

Quizá por primera vez en su vida, los labios de Marsa, trémulos por la emoción, se posaron sobre la frente del príncipe.

Pero, antes de abrazarle, su mirada interrogó la de su madre.

La tzigana lo dijo:

—¡Véte!!

—Y vos, Tisza,—¿me perdonais?—murmuró el príncipe moribundo.

Para Tisza no se apartaba de su vista el pueblo devorado por las llamas, su padre degollado, sus hermanos asesinados y la figura de aquel hombre, ahora tendido allí en aquel lecho con la demacrada cabeza hundida en la almohada, de pié entre sus soldados, blandiendo el sable y gritando: «¡Adelante, y a ellos!»

Luego ella misma se veía conducida, casi á la rastra, á la cola de un caballo, arrojada en un furgon, con las manos atadas, conducida entre la impedimenta de un ejército como un bagaje, como una cosa, para ser, por último, encerrada entre los muros de Rusia.

Todavía sentía sobre sus pálidos labios la impresión parecida á la de un hierro candente, que le habia causado el primer beso de aquel hombre, cuyo amor habia comenzado por ser repugnante.

Dió dos pasos hácia el moribundo, como resuelta á decirle tambien en voz baja:

—¡Os perdono!

Pero toda la cólera, todos los sufrimientos de

su vida se agolparon á su corazón, y se detuvo fijando su mirada extraviada en aquel agonizante cuyos ojos imploraban compasión, y que después de haber levantado su demacrada cabeza, cuyas sienes parecían dos negros agujeros, la dejó caer tristemente lanzando un prolongado y fatigoso suspiro.



## VI

Al morir, el príncipe Tchéréteff dejó toda su fortuna á Marsa Laazlo, encargando de su manejo á su tío Vogotzine, antiguo general actualmente arruinado, á quien el czar confiscara los bienes, y que vivía en París medio atontado por el miedo ó por las escaseces de su nueva vida, y que se había hecho tímido y temblaba como un niño despues de su destierro en la Siberia, sin que se supiese fijamente la falta por que se la había castigado.

Para que el Príncipe legase sus bienes á una extraña, á una hija no legítimada, fué preciso una ley especial del Czar, de aquel Czar cuya voluntad está por encima de las leyes, pues de otro modo hubiesen pasado estos bienes á ser dominio del Estado por no tener el Príncipe otros parientes que un proscrito. Gracias, pues, á la firma del Czar, Marsa heredó.

En efecto, el único pariente del príncipe Tchéréteff que vivía, era el viejo general Vogotzine. A cambio de una renta que instituyó en su favor, dióle el encargo de velar por Marsa á la vez que de cuidar de su futuro casamiento. Siendo, como era, rica, no habían de faltarle pretendientes á su mano, y Tisza, la tzigana, siempre en estado

medio insociable, no era á propósito para guiarla y ser la salvaguardia de una heredera extranjera en París.

El príncipe supuso al general Vogotzine menos viejo y más parisiense de lo que realmente era, y la recomendacion que le hizo, aquella especie de legado moral, sirvió de gran consuelo á su paternal amor.

No tardó mucho tiempo en seguirle á la tumba Tisza. Murió aborreciendo la casa en que habitaba y hasta el Crucifijo moscovita incrustado en la fachada, que su fe le impedía arrancar, y haciendo jurar á su hija que aquel sueño que se acercaba y en el que se mecía despues de tantos sufrimientos, había de dormirlo en tierra húngara.

En cumplimiento de tan sagrada promesa, aquella joven de veinte años, sola con Vogotzine, que la acompañaba visiblemente disgustado en aquel lúgubre viaje, atravesó la Francia, llegó á Viena, buscó el sitio donde estuvo emplazada la aldea incendiada en otro tiempo por los soldados de Tchéréteff, lo que sólo pudo conocerse por algunas paredes caidas y convertidas en escombros, y allí en tierra de Hungría, á dos pasos de la plaza donde sus abuelos habían caído bajo las balas enemigas, se dió sepultura á la tzigana, y su hija pudo respirar el aire de la libre *pustza*, encontrando en aquel país querido, cuya sangre le parecía que era la única que corría por sus venas, algo ya conocido, como el vivo recuerdo de una existencia anterior.

Sobre la tumba de la mártir, Marsa, no obs-



tante sus odios, rezó también por el verdugo.

Pensaba que aquél que había sido enterrado en el cementerio del Padre Lachaise era su padre, como la tzigana que allí reposaba era su madre. Rezaba para que aquellos dos seres tan separados en vida, se perdonasen allá en la mansión de las almas.

Marsa Laazlo estaba sola en el mundo. Acostumbrada á Francia, en la que se encontraba á gusto, vino á establecerse en la villa de Maissons-Laffitte, permitiendo que en ella se instalara, como una especie de mentor, el viejo Vogtzine, obediente como un criado y callado como un mudo, y que con tal que no le faltara su chocolate por la mañana, su café con el *Kummel* al almuerzo y la botella del aguardiente en la mesa para por la tarde, dejaba á Marsa libre de pensar, de obrar, de entrar y de salir á su antojo.

Ella había aceptado la herencia del príncipe con la restricción mental y la condición de que una mitad serviría para socorro de la colonia húngara. Consideraba como la expiación del padre emplear aquel dinero en socorrer á los compatriotas de su madre, y así, en cuanto fué mayor de edad, envió una enorme suma al comité encargado de distribuir auxilios á los húngaros, exigiendo la donante que parte de ella se dedicara á la reconstrucción del mueblecillo destruido en Transylvania veinte años antes por los rusos.

—Al preguntarle en nombre de quién debía entregarse tan cuantioso donativo, Marsa respondió:

—En el de siempre. En el de mi madre. En el mio: *la Tzigana*.

¡*La Tzigana!* Más que nunca se enorgullecía con aquel apodo.

—Y tengo más interés en llamarme así—decía á Zilah evocando los pasados sufrimientos, porque con este título puedo hablaros de vuestra misma persona y vos perder el tiempo escuchándome.

El príncipe Andras, que oía con una especie de fiebre apasionada á aquella jóven, recordarle todo su pasado, muy contenta de hablar haciéndose ella conocer á su vez, no se extrañaba de que se espesara con tanta confianza y franqueza en su primera entrevista, puesto que á él también le parecía conocer aquella tzigana de quien hasta el nombre ignoraba hacía una hora.

Marsa evocaba en el príncipe, que al oírla experimentaba una deliciosa turbación, como en los días de su juventud, visiones fugaces de sus primeros años, transportándose á aquellos felices tiempos en que, bajo el cielo purísimo tachonado de estrellas, pasaba noches hermosas escuchando los cantos de su adorada patria.

—Príncipe—dijo de pronto Marsa Laazlo—¿sabeis que os he estado buscando mucho tiempo, y que al presentarme á vos la baronesa Dinati he realizado mi más constante aspiración?

—¿A mí, señorita?

—Sí, á vos. La Tisza, de que os he hablado, la tzigana, mi madre, que llevaba el nombre del bendito río que hay en nuestra patria, me había enseñado á repetir vuestro nombre. Os conocía



por haberos encontrado en las circunstancias más tristes de vuestra vida.

—¿Vuestra madre?—replicó Andras, esperando con verdadera ansiedad á que Marsa terminase aquella confidencia.

—¡Si, mi madre!

Al decir esto, separó sus delicadas manos que mantenía cruzadas, y mostrando la hebilla que le servía para abrocharse el vestido alrededor de su elegante cintura:

—¡Mirad!—dijo.

Andras sintió repentinamente una especie de golpe en el corazón, una dolorosa presión que no carecía de encanto, y su mirada subió casi ansiosa de la cintura de Marsa al rostro de la jóven.

Marsa Laazlo, sonriendo, sin desplegar los labios parecía decirle:

—Y bien, ¡sí, éste es el broche que un día os arrancasteis de vuestra pelliza de soldado y que entregasteis vos mismo á una tzigana desconocida, junto á la fosa en que acababan de sepultar los inanimados restos de vuestro padre!

Aquella presilla de plata, los ópalos en ella engastados, trajeron de pronto al pensamiento del príncipe Zilah la triste noche de enero en que el cadáver de su padre quedó enterrado allá, en lejano país, y como si todavía presenciase tan fúnebre ceremonia, creía estar viendo los nevados pinos, la oscura hoyá y los vacilantes reflejos rojizos de las antorchas que proyectándose sobre el cadáver parecían darle vida.

¡Y la jóven que había visto llorosa entre aque-

llos músicos nómadas, aquella doncella de morena tez á quien la misma noche había entregado la presilla diciendo: «Trae este objeto y ven á vivir tranquila entre los Zilah», era la madre de aquella hermosa criatura tan extraordinariamente seductora, y cuya palabra desde el principio de la comida, hacía dos horas, le tenía extasiado! Aquella desconocida, aquella Marsa, ¿estaba hasta tal punto mezclada en su vida?

—¡Ah!—dijo Andras sonriendo tristemente.—¡Pero el talismán de vuestra madre valía más que el mío!... Yo guardé las piedrecillas del lago que me dió, y en efecto, me he salvado de la muerte; en cambio, mis ópalos no han proporcionado á vuestra madre la felicidad. No parece sino que tales piedras llevan la mala suerte. ¿Sois supersticiosa?

—Dejaría de ser hija de la Tisza si no creyese algo en todo lo que es novelesco, fantástico, inverosímil, imposible. Además, los ópalos merecen ahora perdon, pues gracias á ellos he podido demostraros que no me érais desconocido. Esta alhaja querida, que siempre me acompaña, tiene para mí el doble poder de recordarme á mi pobre madre y el nombre de un héroe.

Tales palabras, que salían de sus labios con una sonrisa graciosa algún tanto salvaje, encerraban más armonía para el príncipe Andras que toda la música que se estaba ejecutando en el concierto de la baronesa Dinati.

Aquella ardiente imaginación de mujer, dominada por todo lo que al hombre da su gran prestigio é irresistible fuerza, el heroísmo, la bra-



agobia á los del día. Siento que Miguel haya abandonado su puesto. La carrera le ofrecía un gran porvenir. Hubiese hecho un excelente diplomático.

—Demasiado bueno quizá,—interrumpió Marsa con acritud.

—¡Oh! decididamente mi pobre Meuko no os es simpático,—dijo Andras queriendo reír.

—Me es indiferente—replicó la tzigana, que en el tono con que pronunció esta palabra dejó traslucir la terrible condenación de Miguel Meuko.—Además, él mismo me contó en otro tiempo lo que de él acabais de referirme. Es verdad que os quiere y venera profundamente. ¿Qué de particular tiene esto? Los hombres como vos son para hombres como él ejemplos y....

De pronto se detuvo como si la palabra fuese más lejos que su pensamiento.

—¿Y...—preguntó el Príncipe.

—Nada. Ejemplos. Sí, ejemplos. No encuentro otra frase.

Marsa sacudió su linda cabeceita como si quisiera apartar la conversación de aquel asunto, y Andras, después de permanecer un momento reflexionando sobre aquella singular reticencia, solo pensó en trastornarse con el encanto, con la sonrisa, con la viva gracia de aquella joven, hasta que Marsa le dió la mano á la inglesa, despidiéndose de él y rogándole que no olvidara cuán feliz y orgullosa se consideraría de recibirle en su casa.

—Pero el caso es—dijo con cierta sonrisa que dejaba ver sus blanquísimos dientes—que no soy

yo quien debe invitaros. ¡Estoy cometiendo una inconveniencia! General...

Llamó al viejo general Vogotzine, en quien Zilah no había fijado su atención, y llevándole de la mano ante el Príncipe, le dijo en voz muy alta, sin duda porque Vogotzine era algo sordo:

—El príncipe Zilah, tío mío, que nos dispensará la honra de ser de los nuestros en Maissons...

—¡Ah, ah! Tengo mucho gusto... Estoy orgulloso... Me felicito, Príncipe—balbuceó el general retorciendo su blanco bigote, inclinando la cabeza y haciendo girar sus ojazos, protegidos por pobladas cejas, parecidas á cepillos de dientes—¡Andras Zilah!... ¡Ah! ¡1848!... ¡Epoca terrible!... ¡Cuántas cuchilladas!.. ¡Ah! ¡ah!... ¡Todo eso acabó!... Acabó... Ahora ya no hay odios.

Tendió su mano al príncipe y estrechando la de éste, repetía:

—Muy dichoso... ¡Qué honor!... ¡El príncipe Zilah!...

Después, el recuerdo de aquellas horas pasadas al lado de Marsa se agolpaban en la imaginación de Andras como si fuera una visión que se le apareciese en un sueño feliz.

Como la noche estaba tranquila y necesitaba el aire y el silencio de la noche, al salir de allí despidió el carruaje y se volvió á su casa á pié, admirado, mientras iba recorriendo las calles de los Campos Eliseos, de que en el fondo de su ser existiese todavía aquella locura propia de la juventud que le subía alegremente al corazón y á la cara como ráfagas de la brisa primaveral.